

# Un héroe casi olvidado

**Lugar del hecho.**—Un blocao de reducidas dimensiones enclavado en lejana posición de los picos de Larache (Marruecos), conocido por Blocao de Tikun.

**Protagonista.**—Una clase modesta, honra de la colectividad a que pertenece, y que por su heroísmo, alto espíritu, sublime abnegación y elevadas virtudes, puede considerársele como una gloria militar. Este es el Sargento de Infantería Manuel Sánchez Vivancos, hoy Suboficial.

**Heroísmo realizado.**—Hé aquí un sucido relato tomado del “Diario Oficial del Ministerio de la Guerra”, núm. 224, correspondiente al día 24 de septiembre de 1933.

“El día 7 de octubre, a las diez de la noche, intentan el primer asalto. Gran número de moros llegan hasta las alambradas, rechazándolos con descargas cerradas y granadas de mano. Gritan y disparan incesantemente, pero no consiguen desconcertarnos. A los fogonazos de sus disparos, que no están a más de quince metros, enfocamos nuestros fusiles y arrojamos las granadas. Hasta que al amanecer, al clarear la aurora y antes que podamos distinguir sus siluetas pardas, se retiran a las rocas, llevándose sus muertos, dejando los centinelas que han de vigilar nuestros movimientos y estorbar la salida para abastecernos de víveres y agua, que ya escaseamos. Todo mi esfuerzo se concentra en alentar a los soldados que no disparen sino a blanco seguro y cerca para aprovechar también las municiones, tan indispensable o más para la defensa del puesto que nos han confiado. El enemigo, en cambio, dispara sin cesar para obligarnos a consumir municiones, cosa que con tales razonamientos no consiguen. La fuerza la tengo distribuida en tres frentes: el mayor número hacia las rocas, y el resto a los laterales, pues la parte de detrás es un cantil inaccesible. A partir de este día los ataques a la posición tan frecuentes son, que todas las noches, poco después de oscurecido, esperamos seguro el ataque, o mejor dicho, el asalto a la posición. Casi siempre dura hasta la madrugada, en que al verse fracasado se retira la mayoría, quedando, sin embargo, buen número de moros en los peñascos siguiendo el fuego para no dejarnos descansar. Pero ya mis soldados están avezados, que no se dispara un tiro sino cuando en masa inician el asalto. Poco a poco se aumenta el número de enemigos, hasta que llega la tarde del 14 de octubre, en que a pesar de nuestros disparos sobre blanco seguro, extrañado ante el gran contingente de moros que se ven pulular entre las rocas, hable a mis soldados el momento crítico de demostrar serenidad y valor para rechazar al enemigo, que se concentra con propósitos fáciles de comprender. En efecto, al oscurecer, comienza a notarse mayor movimiento, y al cerrar la noche comienza el ataque cruzando a la carrera el espacio que existe entre las ro-

cas y la alambrada para atacar desaforadamente y dar el asalto, que rechazamos con descargas cerradas varias veces.

Pero en esta noche se nota mayor decisión y número de enemigos. Caen los primeros al llegar a las alambradas y nuevamente llegan otros que los sustituyen hasta conseguir entrar varios moros y refugiarse en un peñasco que existe dentro de las alambradas. Con gran precaución arrojo granadas a este punto, distante cinco metros del parapeto, y oigo bien claro los gritos de las víctimas. Pero en tal momento, en esta circunstancia crítica en que los moros cercan el blocao llenos de fiera ansia por tomarlo, me explota una de las granadas que arrojo, quizás por correrse la mecha, y me destroza la mano derecha, clavándose tres de sus balines en el muslo izquierdo y otro en el derecho. Tal es el estruendo, confusión de las descargas nuestras y las del enemigo, los gritos, el ruido y tropel de los que nos atacan, que nadie se da cuenta de la explosión. Para no alarmares y que siga la moral, la brillante defensa que se hace, no profiero grito ni palabra, de suma gravedad en aquel instante, y entro en el interior del blocao. Examino la herida y llamo al soldado de primera Gabriel González, en quien tengo mayor confianza para que callase y no alarma a los compañeros, y le digo que me ampute los tendones y piltrafas de carne destrozada, que no hizo entonces y hube de hacerlo luego en peores condiciones. Pero al verme en tal estado sufre un pequeño desvanecimiento, con tan mala fortuna, que cae a tierra la botella del yodo y se rompe. Llamo seguidamente al soldado José Sánchez, y éste me liga fuertemente en lo posible la hemorragia y salgo para seguir dirigiendo la defensa, recomendando a los dos absoluta reserva y diciendo a los demás, puesto que recorría frecuentemente los tres pequeños frentes del blocao, que era una herida leve y sin importancia. Continúa así durante toda la noche, hasta que antes de la aurora, y llevándose los muertos, que calculo en unos 40 o 50, se retira el enemigo, dejando como siempre sus centinelas en las rocas. A las ocho doy parte a Harcha para Aulef, sin hacer mención de nada y procedo a curarme la herida, que considero gravísima, con unos lavados con agua hervida, puesto que no se dispone en el blocao de ninguna medicina. A la noche siguiente atacan con la misma intensidad y ordeno arrojar bombas, previendo que si no hay quien lo haga lo haré yo con la mano izquierda; pero se presta gustoso el primera y la defensa es eficaz. Así siguen los días y las noches, sin dejar de atacar con la misma o mayor furia hasta el día 24 de octubre, en que se han acabado los víveres y el agua que distribuía a dos dedos de un bote de leche condensada para cada uno durante las veinticuatro horas del día. Pero ya queda sólo una tercera parte de uno de los dichos botes, y acuerdan entre ellos dejarla para mí, en vista de la gravedad en que me encuentro y que ellos adivinan más que ven, por los grandes esfuerzos que hago para ocultar la herida, cuyos destrozos en estado de descomposición y con las señales visibles de la gangrena me han empeorado notablemente por no tener nada con qué curarme y emplear trozos de sábana llenos de suciedad y miseria y mis propios orines hervidos. Los soldados también beben orines y caen desmayados del parapeto, del cual no se pueden retirar un instante porque el enemigo, que adivina nuestra situación, pone el cerco más estrecho. La situación es verdaderamente angustiosa y apuradísima, pero aliento a mis soldados á ser abnegados y consigo, hablándoles desde mi lecho, pues me hallo bastante mal, animarlos para la resistencia, desechar todo idea de aceptar clemencia del enemigo, sino morir todos antes. Precisamente al observar ese día las señales de la gangrena en la herida, que apesta, y en el brazo cuya piel tengo llena de manchas, determino

amputarme toda la carne putrefacta, y lo hago con los instrumentos rudimentarios que hay en el blocao. A esto creo deber la vida. El día 3 de noviembre ha llegado la desesperación de los soldados a su mayor límite. No existe en el blocao nada en absoluto que llevar a la boca, ni para comer ni para beber, y precisamente en ese día, como a las tres de la tarde, se oye entre las rocas una voz que en correcto castellano pronuncia mi nombre y apellidos. Es un cabo de mi batallón que pide acercarse al blocao para hablar conmigo. Se lo concedo hasta las alambradas, y dice que es prisionero de los moros con 80 más de los nuestros y que se acerca mandado por el jefe de la cabila, con quien les va muy bien, para que deje entrar a dicho jefe dentro del blocao, que nos trae víveres y agua. Le contesto que tenemos de todo, agua y municiones para muchos días, invitándole a que se quede con nosotros, a lo que contesta que le tienen enfocado los moros con sus fusiles y además que asesinarían a sus compañeros, mandándole entonces que se retire o de lo contrario le haré fuego, pero advirtiéndole que dé el recado a los moros que de ninguna manera vuelva a presentarse allí, porque antes moriríamos todos que entregarnos. Al día siguiente es triste ver las caras de los soldados; la sed les consume; no hablan nada, pero se adivinan sus pensamientos. Les hablo como siempre, poniéndoles ejemplos de heroísmo, y consigo que reaccionen viendo el caso en mí. Pero la Providencia viene en nuestro auxilio. Un pequeño aguacero nos conforta y llena de alegría, saciando la horrible sed que nos devoraba, y para colmo de nuestra dicha una densa niebla nos hace concebir la idea de ir a Harcha por víveres y medicamentos. En efecto, después de meditado y en vista de la desesperada situación, salen los soldados Gabriel González, Alejandro Navarro y Hermenegildo Garzón, a las doce del día envueltos en la negrura de la niebla. Para conocer la llegada se conviene que desde Harcha se pronuncie la palabra "Gabriel", y para que allí sepan que van los nuestros, se les grita para que vayan escribiendo las letras sueltas que se les dice y que luego las lean juntas. Más de ocho horas tardaron en el arriesgado intento amparados en las nieblas cerradas, por entre las piedras, cayendo desmayados (uno se desmayó tres veces), hasta conseguir el regreso, haciéndonos sufrir más a los que en espera quedábamos que lo que ellos pudieran sufrir. Poco nos duran los víveres, porque poco nos podían traer; mas, bien distribuidos, alcanzan unos días, para volver de nuevo a las mismas necesidades hasta llegar nuevamente a quedarnos, como antes, sin nada que comer. Y como si supiera el enemigo nuestras necesidades e incertidumbres, aparece el día 8 de noviembre a unos 60 metros del blocao el Sargento Medina, de mi batallón, al que conozco. Dice que desea hablar conmigo, y le dejo llegar muy cerca de las alambradas, y muestra deseos de entrar en el blocao, pero para salir, a lo que me opongo terminantemente como no sea para quedarse. Entonces me dice que está prisionero, pero muy bien tratado. Que él no quiere mal para nosotros, que ha estado hablando con el Sargento Villegas, del blocao de El Puente, insistiendo hablar conmigo a solas, y como la consecuencia que saco es la de que como el cabo ha de proponerme la rendición y mis soldados lo verían con agrado, le mando retirar inmediatamente, advirtiéndole que de no obedecer le hago fuego, como igualmente deduzco que cuando no se oyen los tiros de los blocaos inmediatos es porque, hambrientos, sedientos y desesperados, han debido entregarse.

El 15 de enero fué relevado de la posición tan valientemente defendida.